

coincidencias de decadentismo y expresionismo. También, en seguida, otra interesante visión de la modernidad de Silva: su utilización de lo paródico.

La relación entre música y poesía en los versos de Silva, partiendo de la observación de Unamuno, su admirador y prologista, merece igualmente un acertado análisis por parte de Oviedo, que toma aquí muy en consideración el modelo de Poe, muy de la predilección del colombiano.

Entre los maestros que Silva, motivaciones personales aparte, tuvo en el terreno del pesimismo, destaca la crítica y profesora la importancia, junto a Byron, Wilde y Heine, de Nietzsche, padre de nihilistas americanos. Incapaz de solventar dudas y de lograr conciliaciones en asuntos de gravedad, Silva apenas pudo apurar las dulzuras que otros modernistas encontraron en el arte, aunque lo defendió y lo sublimó hasta donde pudo. Prueba de ello es «Un poema», donde, como señala Oviedo, toda la exposición metapoética de los más brillantes recursos modernistas está herida por la burla y la incompreensión del «crítico estupendo».

Tras la justa «Noticia bibliográfica» en la que se da cumplida información de las ediciones de la obra de Silva, la «Bibliografía selecta» ofrece lo sustancial de los estudios críticos. Una «Nota previa» precisa los problemas que ofrece la dispersión de la obra de Silva. La utilización en esta edición –sólo en ciertos apartados antológica, por razones convincentes– de la de «Archivos» no ha dispensado a Rocío Oviedo de cotejar las variantes que muestran las más importantes a partir de la prologada por Unamuno, *Poesías* (1908). Toda una paciente y rigurosa labor que avala el decoro filológico del libro presentado. Por último, las profusas notas a pie de página no se limitan a aclarar datos textuales sino que completan, a veces muy generosamente, el análisis ofrecido en la «Introducción».

Quien firma estas escasas líneas, parco en el cultivo de tan azarosa tarea, se ha reservado siempre el derecho a no reseñar, dada esa circunstancia, sino estudios que le alienten. Debe decir que en esta oportunidad la compensación ha sido extrema.

LUIS SÁINZ DE MEDRANO
Universidad Complutense de Madrid

Eduardo Zepeda-Henríquez. *Responso por el siglo vigésimo*. Madrid, Verbum, 1996.

Siempre me ha resultado sorprendente observar cómo ciertas regiones poco favorecidas por la historia, sin embargo han logrado una milagrosa concentración de resonancia poética. Esto sucede en la cuenca del Caribe, con sus Antillas mayores y menores, y su franja continental, sobre todo en ese territorio de no más de 4 millones de habitantes que es Nicaragua. Apenas nos asomamos a

esta geografía literaria, descubrimos en ella la presencia inobjetable del Ángel de la poesía. ¿Cómo explicar de otra manera la aparición allí de dos grandes maestros de la lengua, Darío y Martí, verdaderos renovadores de la lírica hispánica; la contundente fuerza creadora de Aimé Césaire en Martinica, el gran sacudidor de la lírica negra de nuestro siglo; la espejeante poética de Claude McKay, el jamaicano que lleva en sus maletas hasta Harlem la semilla de su renacimiento integral; los raigales versos de Oswald Durand o René Depestre, los haitianos que no renuncian ni a su sangre africana ni a los registros más elevados de la lengua francesa; el vendaval renovador y elaborador de mitos en lengua inglesa, del Premio Nobel de Literatura, Derek Walcott, natural de una de las más pequeñas islas del arco antillano, Santa Lucía; el rescate polifónico de la imaginería que impone el grupo Orígenes en Cuba, con el verbo inaugural de José Lezama Lima a su cabeza; la revelación del lenguaje novedoso de los miembros de la «Poesía Sorprendida», en República Dominicana, entre los que sobresale Franklin Mieses Burgos por sus espléndidos versículos, mientras a su lado corre el verbo rebelde y denunciador de Pedro Mir; o la sucesión de experimentos vanguardistas paralelos a las indagaciones trascendentalistas que nos ofrece la poesía puertorriqueña de la primera mitad de siglo, con voces maestras como las de Virgilio Dávila, Luis Lloréns Torres y Luis Palés Matos; o la poderosa fuerza de los poetas nicaragüenses, desde la presencia inaugural de Rubén Darío, pasando por Salomón de la Selva, Alfonso Cortés, hasta el júbilo y el desenfado de José Coronel Urtecho, y los que le siguieron, con disímiles registros, pero todos ellos sopladados por ese misterioso duende de la poesía, como Pablo Antonio Cuadra, Ernesto Mejía Sánchez, Ernesto Cardenal o Eduardo Zepeda-Henríquez, cuyo libro presentamos hoy?

Si me he extendido en esta quizá excesiva introducción ha sido únicamente con el ánimo de fijar el contexto geográfico-literario en el que emerge la poesía de Zepeda-Henríquez, y comprender mejor así el aura de excelencia requerida para brillar y establecer una poética propia, auténtica, entre pares de tanta resonancia; pero también para explicarnos mejor cómo el Ángel de la poesía favorece y mimica a nuestro autor.

Eduardo Zepeda-Henríquez es autor de más de una docena de textos poéticos curiosamente inscritos entre dos experiencias literarias, la nicaragüense y la española de la década del 50, resultado, sin duda, de las inquietas andanzas del poeta. Dos experiencias que teniendo tanto en común, conservan todavía espacios propios para distinguirse y complementarse. Zepeda-Henríquez lo ha señalado certeramente al subrayar la primacía de la «visión estética» de su promoción nicaragüense, frente al «carácter ético» del grupo generacional español. Y menciono esta distancia, porque estimo que ambas tendencias se concilian en la poesía de Zepeda-Henríquez. De una parte el fervor estéticamente exigente que busca en la obra la fraternidad de la pureza y la impureza en una alta tensión simbólica; y de la otra el rigor ético que nos revela a un hombre raigalmente comprometido con esa «expresión de verdadera amplitud humana» a la que se ha referido el autor.

Y es que nuestro poeta ha sabido moverse en las lábiles fronteras que van desde la hondura existencial que revela la más sutil intimidad del poeta, hasta la memoria colectiva o coral que «se desdobra como una *toma de mundo*», para avanzar así hacia ese «poeta *purista de la impureza*» en paradoja que tanto gusta a Zepeda-Henríquez.

Sucede también que nos encontramos ante la obra de un autor que no sólo elabora un complejo y extenso universo poético, atento siempre a la experiencia de la escritura y a las hábiles rupturas sistémicas del lenguaje poético, sino que, a la vez, en su no menos extensa obra ensayística, reflexiona de manera sostenida en torno a la esencia última de la poesía, y, muy en especial, en beneficio de sus lectores, en torno a su propia poética. Resultando de ello un diálogo ininterrumpido entre el *fabro* que pone a nuestra disposición la obra consumada y su propia conciencia siempre alerta, siempre despierta, no siempre complaciente, pero sí lúcida para laminar eficientemente el paladeo del verso y permitimos entrever sus más resistentes densidades. Digamos, al menos, que es infrecuente este ejercicio de exigente reflexión con que nos regala Zepeda-Henríquez.

El libro que hoy presentamos, disfruta de algunas de las características ya señaladas. La primera de ellas sería la capacidad de renovación, de provocación creadora que tienen estos versos. Zepeda-Henríquez no ha vacilado en acudir a la clásica y «claustral» forma del soneto, que con tanto acierto ha abordado antes en temas de mayor subjetividad como exige la tradición literaria, para repasarnos, en el *súmmum* de la poesía exteriorista, las grandezas y miserias del siglo que ya casi superamos. Al prestigio de la forma sacralizada, el poeta se acerca con el rigor que le permite su dominio métrico y acentual—unido, es conveniente destacarlo, al guiño cómplice con el lector de ciertas innovaciones rítmicas— para depositar, temerario, en el vaso de los grandes momentos líricos de nuestra lengua, la contaminación temática y léxica de una inmediatez que sembrará el escándalo en algunos oídos atentos únicamente a una recepción sincrónica de la dialéctica de la poesía y sus formas.

Ya lo dije. Provocador y temerario, Eduardo Zepeda-Henríquez no ha dejado de serlo en ninguna de sus entregas poéticas previas. Este grave señor, de apariencia conservadora y solemne, oculta, disimula un transgresor desbordante de gracia, inteligencia y sensibilidad. En *Responso por el siglo vigésimo* estas virtudes resultan elocuentes.

Este libro es un memorial que transita «de lo esencial a lo existencial, en el presente», donde el autor pone a un lado su más ensimismada escritura para exponer un exterior noticioso, si bien calado siempre por esa «estilización emocional y de lenguaje» tan propia de nuestro autor.

No se alarmen pues de un texto que los remitirá a las maravillas y desventuras del progreso tecnológico y científico de un siglo que nos abandona con el melancólico regusto de un amargo escepticismo ético; no se inquieten porque Cabo Cañaveral, la música dodecafónica, el rock, el jazz o la revolución social parezcan ser los impuros temas de estos poemas, en realidad se trata de una *tramp d'oeil* que nos ha preparado nuestro querido Eduardo Zepe-

da-Henríquez. En la intimidad de cada uno de estos poemas, sean Hollywood, Henry Moore o Ionesco, la publicidad o el automóvil, sus motivos visibles, vibra, se palpa, se estremece una inquietante conciencia que más que señalar, descubre; muestra el interior desnudo de un territorio –tiempo, paisaje y paisaje– triste y deslumbrante, numeroso y desolado, extraviado y absurdo, intensamente apegado al corazón humano.

PÍO E. SERRANO
Editorial Verbum

Alberto Julián Pérez. *Modernismo, vanguardias, posmodernidad. Ensayos de literatura hispanoamericana*. Buenos Aires, Ediciones Corregidor, 1995.

Alberto Julián Pérez recoge en esta publicación una serie de artículos o conferencias en su origen, algunos ya publicados en revistas especializadas, y seis que no habían visto la luz hasta ese momento. Los nuevos ensayos son:

- «El imaginario en el Río de la Plata».
- «La gauchesca como literatura menor».
- «El clisé modernista».
- «El Modernismo, Vallejo y el lenguaje poético».
- «La crítica a la modernidad en la obra de Borges».
- «Notas sobre el arte en las sociedades hegemónicas y en las sociedades dependientes».

El autor trabaja con tres enfoques. Comienza el libro con «El imaginario en el Río de la Plata», centrándose en la etapa final del s. XIX. Desde este artículo irá avanzando en el tiempo hasta llegar a la narrativa actual, sin descuidar la última prosa escrita por mujeres. Pero no sólo trabaja diacrónicamente, sino que para los dos siguientes prefiere una panarómica espacial enfocándolos en la geografía que baña el Río de la Plata. Desde ahí avanza adentrándose en las literaturas de los restantes países hispanoamericanos. Además de estas perspectivas el autor aborda en otros ensayos la estilística de los principales movimientos literarios: relaciona el Modernismo con sus antecedentes y sucesores; desemboca en la poesía neo-vanguardista de la mano de José Carlos Becerra; reflexiona sobre la evolución de la narrativa, según la perspectiva de Borges y finalmente nos ofrece un ejemplo de las últimas tendencias novelísticas a través de *Como agua para chocolate*, de Laura Esquivel.

El fin del trayecto de esta excursión por la literatura hispanoamericana lo constituyen dos ensayos que concentran su objeto de estudio en cuestiones más coyunturales, tal y como sus títulos dejan entrever: